

NACIDO PARA MULTIPLICARSE

**por
Dawson Trotman**

This translation is produced by written agreement with
and permission from NavPress,
a division of The Navigators,
Colorado Springs, Colorado, U.S.A.
Originally published in English as
BORN TO REPRODUCE,
copyright by NavPress.
All rights reserved including translation.

*Hemos logrado conseguir el permiso para
colocar este archivo en PLSAL.ORG,
pero tenemos permiso para ofrecerlo
solamente como una lectura.
No se puede imprimir, ni capturar
el texto, por favor.*

PLSAL.ORG

PROLOGO

En el verano de 1955, tuve el privilegio de conocer a Dawson Trotman, director de “Los Navegantes”. Mi corazón se conmovió, no sólo ante la visión que tenía de ganar almas para Cristo, sino también ante la manera en que Dios se valió de este hombre para fomentar un método que consistía en ganar primero a un individuo, enseñándole luego cómo reproducirse espiritualmente, ganando y discipulando a otros. De este modo, se multiplica la obra del ministerio y se complementa la predicación a las multitudes.

Después de algún tiempo, encontré a “Los Navegantes”, grupo que fue formado por Dawson Trotman, o por uno de sus discípulos y, me di cuenta de que, por lo general, se trata de creyentes con una verdadera pasión por las almas, un buen conocimiento de la Palabra de Dios, y con algo que los hizo destacar como cristianos individuales.

Desde el día en que conocí a Dawson Trotman, nuestra amistad y comunión crecieron considerablemente. Pasamos muchas horas juntos en diversas ocasiones hasta que, de la noche a la mañana, brotó una amistad semejante a la que unió a David y a Jonatán.

Conforme iba conociendo mejor a Dawson, no tardé en descubrir el secreto de su poder espiritual. Desde el principio de su vida cristiana, él y otro joven amigo se pusieron de acuerdo para orar juntos cada mañana, durante seis semanas, con el fin de saber cuál era la voluntad de Dios respecto a un asunto particular. Este espíritu de devoción, llevado a la práctica, se convirtió en una regla para toda su vida: madrugaba para orar, leer y meditar en la Palabra de Dios. De no haber tenido esa profunda devoción hacia Dios, nunca hubiera tenido tanto éxito en su servicio para Cristo.

La generosidad del Sr. Trotman se manifestaba a cada paso. Nunca intentó guardar para sí la menor información o el más leve conocimiento logrado durante sus veintidós años de experiencia, sino que, por el contrario, siempre estuvo dispuesto a compartir y a colaborar con nosotros en la redacción de un sistema de ayuda y enseñanza bíblica mucho más completo y destinado a nuestra emisora “Retorno a la Biblia” (Back to the Bible Broadcast).

De dicha colaboración nacieron los “Cursos de Estudios Bíblicos en el Hogar”, emisión nuestra destinada a la formación de jóvenes cristianos. Buen número de nuestros colaboradores dedicaron gran parte de su tiempo para llevar este trabajo a buen fin y el propio Sr. Trotman supervisó cada fase del mismo.

Cabe aclarar, que una de las mayores logros de este hermano fue ese incansable esfuerzo que desplegó para que dicho curso bíblico fuese una realidad. Para ello reunió su experiencia y su conocimiento, por lo que creemos que dicho curso será particularmente fructífero.

El hermano Trotman pasó a la presencia del Señor el 18 de junio de 1956, tras rescatar a una persona que se ahogaba en el Lago Schroon, cerca de Nueva

York. ¡Qué característica más notable de lo que fue el ministerio de toda su vida! Alguien lo resumió con estas palabras: “Creo que Dawson alcanzó y transformó más vidas que cualquier otro que haya conocido en esta tierra.”

La obra de “Los Navegantes” prosigue bajo la dirección de personas competentes. Fue firmemente establecida sobre el principio de que cada uno debe enseñar a otro, en vez de esperar que una sola persona sea el maestro de todas.

Toda mi vida tiende a un mayor esfuerzo del que desplegué anteriormente para llevar continuamente a cabo este gran principio de memorizar porciones bíblicas y de evangelizar personalmente uno a uno.

Los siguientes mensajes fueron dados por el hermano Trotman en la conferencia de nuestra emisora “Retorno a la Biblia”, en Lincoln, estado de Nebraska, y han sido condensados para publicarlos en este pequeño librito.

Teodoro H. Epp.

NACIDO PARA MULTIPLICARSE

Hace unos años, estando en Escocia, de visita en Edimburgo, me paré un rato en la calle “High”, un poco más abajo del Castillo. Me fijé en un matrimonio que venía hacia mí, empujando un cochecito de bebé. Parecían muy felices, iban bien vestidos y daban la impresión de ser gente rica. Mientras pasaban delante de mí, hice ademán de mirar al bebé, y ellos al ver mi interés, pararon y me dejaron contemplar al más pequeño miembro de su familia, tierno y sonrosado.

Les contemplé por unos momentos, mientras se alejaban, y pensé en lo hermoso que es el haber permitido Dios al hombre escoger a una mujer (que le pareció ser la más hermosa y adorable de todas) y para la mujer escoger a uno entre todos los hombres que haya conocido, para luego unirse en matrimonio. Han dejado sus respectivas familias y Dios les ha permitido fundar otra, teniendo hijos que se les parecen. ¿No es maravilloso que un niño que nazca así de una pareja refleje las características tanto del padre como de la madre? Cada uno de ellos ve en esa nueva criatura un reflejo, un parecido de la persona a quien ama.

El contemplar a aquel pequeñín avivó la nostalgia que tenía por mis propios hijos, a quienes amo tan entrañablemente y cuyos rostros no había visto por algún tiempo. Estaba aún allí cuando vi acercarse otro cochecito de bebé. Éste era de segunda mano y muy gastado. En seguida se echaba de ver que los padres eran pobres; ambos no estaban muy bien vestidos, pero cuando hice ademán de interesarme por ver a su bebé, pararon con el mismo orgullo que la anterior pareja para mostrarme un hermoso niño de bellísimos ojos azules y carita sonrosada.

Y mientras ellos proseguían su camino, pensé lo siguiente: “Dios ha dado a ese niño de padres pobres, exactamente las mismas cosas que al otro: tiene cinco deditos en cada mano, una boquita para chupar y dos ojos redondos. Si cuida esas

manitas, puede ser que, algún día, sean las manos de un pintor o de un músico”.

Entonces me llegó otro pensamiento: - ¿No es maravilloso que Dios no haya escogido solamente a esa gente acaudalada y de esmerada educación, diciéndoles: “Ustedes pueden tener hijos”; mientras que a los pobres y carentes de buena educación les hubiera dicho” -”Mas ustedes no pueden tener descendencia”? Todo ser humano goza, en principio, de este gran privilegio. El primer mandamiento que recibió el hombre fue el de “crecer y multiplicarse”. En otras palabras, tenía que reproducir su propia raza. Dios no dijo a Adán y Eva, nuestros primeros padres, que fuesen espirituales; ya habían sido creados a Su imagen y semejanza. El pecado no había irrumpido aún en el mundo. Dios sólo dijo: “Multiplícate. Quisiera que hubiesen más seres como tú, más criaturas hechas a mi propia imagen”.

Desde luego dicha imagen quedó desfigurada y mutilada por el pecado. Pero Adán y Eva tuvieron descendencia y empezaron a multiplicarse. Sin embargo, vino un tiempo cuando, por haberse corrompido la humanidad, Dios tuvo que destruirla casi por completo. Luego, volvió a repoblar la tierra con solamente ocho personas. Los 4.500 millones de habitantes que pueblan actualmente la tierra proceden de aquellos ocho que salieron del arca, porque crecieron y se multiplicaron según el mandamiento divino.

IMPEDIMENTOS

Hay muy pocas cosas que impiden a los seres humanos procrear; la principal de ellas es la de no unirse en matrimonio. Si no quedan vinculados así no se reproducirán. Ésta es una verdad que los cristianos necesitamos aprender en cuanto a la multiplicación espiritual. Cuando alguien llega a ser un hijo de Dios, debe darse cuenta de que necesita vivir unido a Cristo Jesús, si quiere ganar a otros para el Salvador.

Otro factor que puede impedir la procreación es la enfermedad, que debilita el cuerpo, o la deficiencia de algún órgano necesario para este fin. En el aspecto espiritual, el pecado, bajo cualquiera de sus formas, puede ser el impedimento para ganar las almas perdidas para Cristo.

Otro factor más que impide tener hijos, es la falta de madurez. En su infinita sabiduría, Dios no permitió que los niños pudiesen tener descendencia. Un niño debe crecer primero hasta llegar al grado suficiente de madurez como para poder ganar lo suficiente para vivir, y una niña ha de ser lo suficientemente mayor como para poder cuidar un bebé.

Todos deberían nacer otra vez; ése es el deseo de Dios: “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7). Dios no sólo quiso que el hombre viviera y muriera sobre esta tierra; que sólo fuera un cadáver andante que más tarde habría de ser sepultado. La inmensa mayoría de la gente sabe que hay algo más allá de la tumba y, por eso, todos los que hemos nacido dentro de la familia de Dios deberíamos esforzarnos para que otros también nazcan de nuevo.

Ese nuevo nacimiento se verifica cuando un pecador confiesa sus rebeldías y recibe al Señor Jesucristo: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.” (Juan 1:12-13). Este es el nuevo nacimiento. Dios quiere que estas nuevas criaturas en Cristo sigan creciendo. Todo está dispuesto para que crezcan y se hagan maduros. Después han de multiplicarse, y esto debe realizarse, no sólo entre la gente rica y bien educada, sino entre toda clase de personas. Todos los que nacen en el seno de la familia de Dios deben multiplicarse espiritualmente.

En el aspecto natural, cuando tus hijos tienen descendencia, te conviertes en un abuelo; tus padres son bisabuelos y tus abuelos, tatarabuelos.

NIÑOS ESPIRITUALES

Cuando encuentres a un cristiano que no está llevando hombres y mujeres a los pies de Cristo, entiende que algo no va bien. Cabe mencionar que todavía sea un niño espiritual. Esto no quiere decir que no sepa mucha doctrina, o que no esté bien formado moralmente por cuanto no oye buenas predicaciones. Conozco a muchos cristianos que pueden explicar durante horas las diferentes posiciones escatológicas, y saben mucho de las dispensaciones; pero aún no han alcanzado la madurez espiritual. Hablando de los tales, dijo el apóstol a los Corintios: “De manera que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo...” (1 Cor. 3:11).

Como eran pequeños, aún estaban lejos de la madurez y, por lo tanto, eran incapaces de multiplicarse; o, en otras palabras, no podían testificar a los demás y ayudarles a nacer de nuevo. Y el apóstol Pablo sigue diciéndoles: “Os di a beber leche y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales, pues, habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales?...” (o sea, obrando como la gente del mundo) ver 1 Cor. 3:2-3.

Conozco a muchos miembros de iglesias, maestros de escuelas dominicales y miembros de las sociedades misioneras femeninas que gastan parte de su tiempo en contar chismes acerca de los demás. Los tales cometen algo abominable a los ojos de Dios. ¡Cuán horrible es para un cristiano, el que oiga algo en contra de otro creyente (sea verdadero o falso), y vaya repitiendo esa historia! El Libro de Dios afirma claramente que: “Seis cosas aborrece el SEÑOR, y aún siete abomina Su alma: ... y la lengua mentirosa” (Prov. 6:16-17). ¡Cuánto pesar me producen aquellos cristianos que conozco, tanto hombres como mujeres, que permiten que la mentira se infiltre en sus vidas!

“... el que siembra discordia entre los hermanos” (Prov. 6:19), es otra de las cosas que aborrece el Señor. Obrar así, es actuar como niño, y creo que es una de las principales razones por las que algunos cristianos nunca pudieron llevar a otras almas a Cristo, impidiendo así que entrasen a formar parte de la familia de

Dios por el nuevo nacimiento. Están espiritualmente enfermos; hay algo que no anda bien en sus vidas. No han llegado al estado de madurez necesaria y carecen de aquella comunión con Cristo, que es básica para cada creyente.

Pero cuando estas cosas están en orden delante del Señor, cualquiera que sean tus conocimientos intelectuales desde el punto de vista del mundo, puedes convertirte en un poder espiritual. Y, aunque parezca extraño, esto puede ocurrir al poco tiempo de tu conversión.

Una joven señorita trabaja de recepcionista en nuestras oficinas de Colorado Springs. Hace un año y medio, aún estaba estrechamente vinculada con la Liga Juvenil Comunista en Gran Bretaña. Un día, escuchó al evangelista Billy Graham, se arrepintió y aceptó a Jesucristo como su Señor y Salvador. Muy pronto, ella y dos de sus compañeras de la escuela de arte dramático a la que asistían, fueron usadas por el Señor para ganar a otras jóvenes para Cristo. Empezamos a enseñarle, junto con algunas de las demás jóvenes, a memorizar pasajes bíblicos y a utilizarlos para testificar eficazmente del Señor. Ellas, a su vez, enseñaron lo mismo a las chicas que habían conducido recientemente a los pies de Cristo, y comenzaron a discipularlas. Actualmente, esta joven señorita es ya una “abuela” espiritual, aunque tiene solamente un año y cuatro meses de ser salva.

Siempre ocurre así; conozco a un marinero que, a los cuatro meses de haber aceptado al Señor, ya era “bisabuelo”. Había llevado a algunos marineros a Cristo, los cuales, a su vez, habían ganado a otros para el Señor, y el testimonio de estos últimos llevó a otras almas al arrepentimiento y al nuevo nacimiento. Sólo había transcurrido cuatro meses desde que el primer marinero se había convertido.

¿Cómo pudo ser esto? Dios se valió de la exuberancia de los corazones y del primer amor para Cristo de estos nuevos convertidos para que la simiente incorruptible de Su Palabra saliese de ellos y fuese sembrada en otros corazones. Allí prendió la santa semilla; la fe vino por oír la Palabra de Dios. Nacieron de nuevo por la fe en el Señor Jesucristo. Los recién convertidos observaban las vidas de los que les habían guiado a Cristo, enseñándoles el gozo, la paz y la entusiasta emoción de su nueva vida y –en su alegría– quisieron que otros compartiesen tan precioso bien.

En todas nuestras reuniones cristianas, estoy seguro que existen hombres y mujeres que han sido cristianos durante cinco, diez o veinte años, pero que no conocen a alguien que viva ahora para Cristo, por medio del testimonio de ellos. Toma nota que no sólo estoy hablando de **trabajar** para Cristo, sino de **producir** para Él. Cabe mencionar que alguien me diga: “¡Pero yo he repartido cien mil folletos!, ¿le parece poco?” No cabe duda que está muy bien; pero ¿cuántas ovejas perdidas has traído al redil?

Hace algún tiempo hablé con 29 candidatas misioneras. Todos tenían sus diplomas universitarios, o sus certificados de escuelas bíblicas o de seminarios. Por ser miembro de la junta misionera, tuve que entrevistarlos con cada uno de ellos

durante cinco días, dedicando media hora a una hora entera para cada candidato. Entre las preguntas que les formulé, había dos que son de suma importancia. La primera tenía que ver con su vida devocional.

“¿Qué tal va tu vida con el Señor?”, les preguntaba “¿Cuánto tiempo pasas con Él en oración? ¿Crees que el Señor está satisfecho con tu vida de comunión con Él?”

De este grupo de 29 candidatos, sólo hubo uno que me contestara: “Creo que mi vida devocional es lo que debiera ser.” Para los 28 restantes, la siguiente pregunta que les hacía era: “¿Por qué tu vida de comunión con el Señor no es lo que debiera ser? Lo que solían contestarme era, más o menos, como sigue: “Bueno, verá usted: estoy ahora en esta escuela bíblica de verano; tenemos un curso acelerado y muy recargado: hacemos el trabajo de un año en sólo diez semanas. Estamos tan ocupados que no hay tiempo...”

“Muy bien; volvamos a la época en que estabas estudiando en el colegio o en la universidad. ¿Tuviste entonces una vida devocional victoriosa?” “Pues... no precisamente.”

Seguimos retrocediendo y nos dimos cuenta que nunca, desde que llegaron a conocer al Salvador, habían apartado determinado tiempo para sus devociones diarias. Ésta era una de las razones de su esterilidad espiritual: la falta de comunión con Cristo.

La segunda pregunta que les hice fue la siguiente: “Piensas salir al campo misionero en el extranjero, y tienes la firme esperanza de que el Señor se valdrá de ti para ganar a hombres y a mujeres para Cristo. ¿No es así?” “En efecto.”

“Deseas que ellos perseveren luego y vivan una vida victoriosa en Cristo, ¿no es cierto? No querrás que ellos hagan una simple decisión para Cristo y luego se vuelvan al mundo” ¿verdad?” “Desde luego que no.”

“Entonces, ¿puedo hacerte otra pregunta? ¿Cuántas personas conoces, cuyos nombres puedas mencionarme, que han sido ganadas para Cristo por tu testimonio y que están viviendo para Él?”

La mayoría de ellos tuvo que admitir que estaban dispuestos a cruzar los mares, a gastar meses y hasta años en aprender un idioma extranjero, pero aún no habían ganado su primer alma que luego hubiera continuado viviendo para Jesús. Muchos candidatos me dijeron que habían conseguido que bastantes personas fueran a la iglesia; otros afirmaron que habían persuadido a algunos a levantarse cuando el predicador invitaba a los pecadores para que lo hicieran. Les volví a preguntar: “Y estos que se levantaron, están viviendo para Cristo, ahora?” Agacharon la cabeza.

Les pregunté nuevamente: “¿Cómo crees que por cruzar un océano, y hablar un idioma extranjero con gente que desconfía de ustedes, cuya cultura y forma de vida no es familiar, vas a poder hacer algo que ni siquiera has hecho en tu propio país?”

Estas preguntas inquisitivas no van dirigidas solamente a unos misioneros, o a unos candidatos para misioneros, sino a todo el pueblo de Dios. Todos Sus hijos hemos de multiplicarnos espiritualmente.

Amigo, ¿estás testificando para Cristo? ¿estás produciendo fruto para Él, trayendo almas arrepentidas a Sus pies? Si no es el caso ¿por qué no? ¿Es por falta de comunión, falta de trato íntimo con Cristo, tu Señor? o bien ¿es porque eres aún un “niño”? “Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar... (Heb. 5:12).

CÓMO MULTIPLICARSE ESPIRITUALMENTE

El motivo por el cual no estamos llevando el Evangelio hasta los confines de la tierra no se debe al mensaje divino; éste sigue siendo “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Rom. 1:16).

Hace veintitrés años, acogimos en nuestra casa a un marinero, nacido de nuevo, y pasamos algunos meses con él, enseñándole a multiplicarse espiritualmente. Nos llevó tiempo, muchísimo tiempo. No fue un desafío apresurado, que dura media hora, como los mensajes que se dan en la iglesia; ni un adiós precipitado, con una invitación para volver la próxima semana. Pasamos mucho tiempo juntos. Nos ocupamos de sus problemas, y le enseñamos no sólo a oír y a leer la palabra de Dios, sino también a estudiarla. Asimismo le enseñamos a guardarla en su corazón, una espada de dos filos, para que el Espíritu la utilizara en el momento oportuno para alcanzar el alma del hombre a quien quería ganar para Cristo.

Una vez vuelto a su barco, el marinero entabló amistad con varios cristianos, pero ninguno de ellos era verdaderamente consagrado al Señor. Iban a la iglesia, eso sí, pero cuando se trataba de dar un claro testimonio para Cristo, se echaban para atrás y desaparecían entre la numerosa tripulación. Al cabo de un mes, el marinero vino a verme y me dijo acongojado: “Dawson, aún no he conseguido que alguien del barco se consagre plenamente al Señor.” Le dije: “Escucha, pide a Dios que te conceda uno; no puedes tener dos sin antes haber tenido uno. Ruega al Señor que te dé un hombre que ame a Dios como tú.”

El marinero empezó a orar. Un día vino y me dijo que había encontrado a alguien, y más tarde vino acompañado de ese joven. Tres meses después de haber estado yo trabajando con el primer marinero, había ganado a un hombre para Cristo, a un hombre de iguales sentimientos. El no era de esa clase de hombres a los que hay que dar unos “empujoncitos” y prometer toda clase de premios y estímulos para que empiecen a hacer algo. Amaba sinceramente al Señor y estaba dispuesto a pagar el precio para multiplicarse espiritualmente. Invertió lo mejor de su tiempo en la formación y ayuda de ese recién convertido y, de este modo, ambos marineros comenzaron a crecer y a multiplicarse. Aquello ocurría por los años 40 en un buque de la Armada de los Estados Unidos; el testimonio de estos

dos marineros fue tan fehaciente, tan lleno de poder del Espíritu Santo, que 125 (¡ciento veinticinco!) miembros de la tripulación encontraron al Salvador antes que su acorazado fuera hundido en Pearl Harbor.

De los convertidos que pertenecieron a ese buque de guerra –y que fueron trasladados a otras unidades antes de su hundimiento– proceden varios misioneros cristianos esparcidos en cuatro continentes. Antes de la catástrofe de Pearl Harbor el testimonio se había extendido de barco en barco; de tal modo que, al ocurrir el ataque japonés, había marineros multiplicándose espiritualmente en cincuenta barcos de la Armada de los Estados Unidos.

En 1945, cuando finalizó la guerra, los había testificando (y no me refiero a simples cristianos) en más de mil barcos, así como en muchos campamentos del Ejército de Tierra y Aire. Cualquier obra, por magna que sea, tiene un principio. La táctica del Diablo es de paralizar semejantes actividades cuanto antes; de ser posible, antes de que empiecen. Así lo hará, si tú le dejas.

Hay cristianos cuyas vidas van rodando en círculos, pero eso no les impide tener el deseo de ganar a otros para Cristo. Tomemos un ejemplo característico. Supongamos que encuentras a uno de esos creyentes por la mañana, yendo al trabajo, y que le preguntas: “Amigo, ¿por qué vas a trabajar?” “¡Valiente pregunta!, tengo que ganar dinero.” “Y para qué quieres ganar dinero?” “Pues, porque tengo que comprar comida...” “¿Y para qué quieres la comida?” “Hombre, para cobrar fuerzas, poder trabajar y ganar más dinero.” “¿Y para qué quieres más dinero aún?” “Tengo que comprar una casa, o pagar la renta del piso donde pueda descansar, a fin de que mi trabajo rinda más y pueda aumentar mi sueldo.”

Y así, sucesivamente. Hay muchos cristianos como este, cuyas vidas son como grandes círculos. Pero puedes seguir preguntando y decirle: “Y además de todo eso, ¿qué haces?” “Oh, me las arreglo para encontrar tiempo para servir al Señor. Predico aquí y allá, según tenga oportunidad.”

En el fondo, eso refleja su anhelo de ser un padre espiritual. Está orando a Dios para que le conceda un alma a quien llevar a Cristo y enseñar en Su camino. Quizá tarde seis meses en conseguirlo. No debería tardar tanto tiempo a su vez para que alcance a una tercera persona, la lleve a los pies del Señor, la inicie en el conocimiento de la Palabra de Dios, y la enseñe cómo alcanzar a otros para obrar del mismo modo.

De esta manera, al cabo de seis meses, este primer hombre habrá ganado a un segundo; y si ambos hacen otro tanto, al cabo del año serán cuatro. Para aquel entonces, tal vez cada uno de ellos esté tomando parte en un estudio bíblico, o ayude en la predicación del Evangelio en la calle, sin que por ello pierda de vista al que ganó para Cristo. Así, al final del año, pueden reunirse los cuatro para orar juntos y tomar la siguiente determinación:

“Ahora, no permitamos que nada nos desvíe. Vamos a anunciar el Evangelio a cuantos podamos, pero pongamos especial interés en una persona hasta que la

veamos convertida y triunfando en todos los aspectos de su vida cristiana.”

Así que, durante los seis meses siguientes cada uno de esos cuatro puede ganar a otro para el Señor. Al cabo de año y medio, ya serán ocho. En la dependencia del Señor, todos salen a su vez para testificar y ganar cada cual un alma y a los dos años serán dieciséis. A los tres años habrá sesenta y cuatro: los dieciséis se habrán cuadruplicado. Al cabo de cinco años, habrá 1,024. Al cabo de quince años y medio, habrá 2.176.000.000, cifra que representa cerca de la mitad de la población actual.

Pero, ¡un momento! Supongamos que mientras el primer hombre A, sigue trabajando y produciendo más discípulos, B se echa para atrás y se retira sin haber conseguido a nadie. Quince años más tarde, aquella cifra de 2.176.000.000 se redujo a 1.088.000.000 por el único hecho de que el diablo hizo que B fuera estéril, consiguiendo anular su testimonio.

Dios prometió a Abraham que “... en Isaac te será llamada descendencia” (Gen. 21:12). De modo que Abraham esperó durante largo tiempo a ese hijo. La promesa de Dios de hacer de Abraham el padre de muchas naciones, yacía por completo en ese único hijo. Si Hitler hubiera estado presente en ese entonces y hubiera causado la muerte de Isaac cuando Abraham empuñaba el cuchillo sobre su hijo en el Monte Moriah, el Fuehrer hubiera matado a todos los judíos de un solo golpe.

Creo que este es el motivo por el cual Satanás pone todos sus esfuerzos en conseguir que los cristianos trabajen y trabajen, y estén incluso saturados con actividades buenas..., pero que no produzcan; que no tengan fruto para Cristo.

Creyentes, ¿dónde está el hombre que has llevado a las plantas del Señor? Mujeres cristianas, ¿dónde está la joven?, ¿dónde está la mujer que has llevado a Cristo y que sigue perseverando en Él? ¿dónde está?

Recordemos aquella historia, relatada en 1 Reyes capítulo 20, de un soldado a quien confiaron un prisionero durante la batalla, del cual tenía que responder con su vida, pero que por ocuparse luego “en una y otra cosa”, dejó escapar al preso. Hoy día, la maldición aquella recae sobre nosotros, por cuanto estamos demasiado ocupados; no tanto por cuanto estamos afanados para ganar dinero para nuestras necesidades materiales, como por estarlo en actividades cristianas. Vivimos en una época de mucha actividad o “agitación” espiritual, en la que se cosecha escaso fruto. Para que lo haya, para que veamos un resultado positivo, hace falta seguir cuidando y ayudando a los que hemos llevado a Cristo Jesús.

CÓMO ESPECIALIZARSE EN LA MULTIPLICACIÓN ESPIRITUAL

La primera vez que este pensamiento se grabó en mi mente, ocurrió del siguiente modo. Hace algunos años vino a verme Billy Graham y me dijo: “Dawson, quisieramos que nos ayudaras en nuestra labor de seguir y de ayudar a los recién convertidos. He estado estudiando la vida de los grandes evangelistas y

los pormenores de los grandes avivamientos y eché de menos un programa para seguir los pasos de los recién convertidos y ayudarles en su vida cristiana. En una campaña de un mes de duración, tenemos un promedio de 6,000 personas que toman la decisión de entregarse a Cristo. Creo que con el trabajo que tú has hecho, podrías venir y ayudarnos.” Le contesté:

“Billy, no puedo ocuparme de 6.000 personas a la vez. Siempre trabajé con individuos o grupos reducidos.”

“Mira, Dawson -me respondió-, en cualquier sitio donde vaya, me encuentro con “Navegantes”. Los he encontrado en la Escuela Bíblica de Wheaton; están en la de Northwestern (de la cual él era presidente, en aquel entonces). Debe haber algo especial en esto.” “Pero no dispongo de tiempo,” le dije.

Él insistió nuevamente. La tercera vez me suplicó con estas palabras: “Dawson, no puedo dormir por las noches pensando en lo que les puede pasar a los nuevos convertidos en cuanto termina una campaña de evangelización.”

Por aquella época, estaba a punto de marcharme para Formosa, así que le dije: “Oraré sobre este particular mientras esté en Formosa.”

Llegado allá, un día paseé de arriba abajo por una playa de Formosa durante dos o tres horas, orando como sigue: “Señor, ¿cómo podría llevar a cabo esta obra? Ni siquiera puedo hacer el trabajo que Tú me encargaste; ¿cómo podré dedicar seis meses del año a Billy Graham?” Pero Dios añadió esa nueva carga sobre mi corazón.

¿Por qué tuvo el gran evangelista que pedirme a mí que hiciera ese trabajo? El día anterior a mi partida para Formosa, le dije: “Mira Billy, tendrás que buscarte a otro.”

Él me tomó por los hombros, clavó su mirada en la mía y me preguntó: ¿A quién? dime, ¿quién se está especializando en esto? Yo era el que se había consagrado a esa clase de trabajo.

¿Qué es lo que nos puede sacar de nuestra propia complacencia para pedirle a Dios que nos dé a una joven, o a un hombre que podamos ganar para Cristo, o encontrar a alguien que acabe de nacer de nuevo para que le formemos en Su camino, a fin de que podamos entrenarlos para que ella o él a su vez puedan reproducirse espiritualmente?

¡Cuánto nos alegramos cuando vemos a las multitudes llenar los asientos durante una campaña evangelística! Pero, ¿dónde está el hombre que tu has ganado para Cristo? Preferiría tener a un “Isaac” vivo, que se esté multiplicando espiritualmente, que a cien cristianos muertos, estériles o inmaduros.

EL COMIENZO DEL SEGUIMIENTO

Un día, hace años, conducía mi pequeño Ford, modelo T, cuando vi a un joven que andaba a lo largo de la carretera, haciendo señales para que alguien

le recogiera. Paré y le invité a subir. Mientras se agachaba para entrar en el auto, soltó una grosería y añadió: “¡Vaya qué difícil es que le lleven a uno!”

Siempre que oigo usar el nombre de mi Salvador en vano, siento un profundo dolor en el corazón. Saqué un folleto de mi bolsillo y dije al joven: “Toma, amigo, léete esto.”

Me miró sorprendido, se fijó en mi y me preguntó: “Oiga, ¿no le he visto a usted en algún lugar antes?”

Le consideré más detenidamente y, en efecto, concluimos que nos habíamos encontrado el año anterior en esa misma carretera. Cuando le recogí en aquella ocasión, se dirigía a un campo de golf donde trabajaba como “cadi”, o sea, como el chico que recoge las pelotas. Entró en mi coche con la misma grosería que acababa de soltar ahora. Tuve la misma dolorosa reacción y saqué mi Nuevo Testamento para leerle varios pasajes y enseñarle así el camino de la salvación. El joven dio muestras de aceptar al Señor Jesucristo como su Salvador. Luego, al despedirnos, le leí ese versículo de Filipenses 1:6, para que lo guardara en su corazón: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. “Dios te bendiga, hijo. Lee esto”, le dije al entregarle un Nuevo Testamento, y seguí mi camino gozoso.

Ahora, al cabo de un año, no había la más mínima evidencia que aquel joven había experimentado un nuevo nacimiento; era igual o peor que si nunca hubiera oído hablar del camino de salvación en Cristo Jesús.

Yo tenía una gran pasión por las almas, para anunciarles el bendito mensaje del Evangelio; pero después de encontrar a ese joven “cadi” por segunda vez, empecé a mirar hacia atrás para buscar a algunos de mis “convertidos”, a fin de seguir sus pasos y ayudarles en su vida cristiana. En verdad, aquel encuentro me partió el corazón; parecía como si ese pasaje de Filipenses 1:6 no hubiera dado resultado alguno.

Un día, un joven creyente armenio vino a mi oficina para hablarme de las almas que había ganado para Cristo, todos eran armenios como él, y llevaba una lista para poder probarlo. Examiné su lista, y empecé a preguntarle: “Bien, ¿cómo va el primero?” “Verá usted, no muy bien: se ha vuelto atrás...”

“Y que pasa con el segundo?” Recorrimos así la lista hasta el final, y no había ni uno solo que viviera la vida victoriosa. Entonces le dije: “Dame tu Biblia”. Busqué el capítulo uno de Filipenses, puse un cartón debajo de la hoja donde viene el versículo 6, tomé una navaja de afeitar e hice además de cortar a lo largo de la página. Asustado, el joven sujetó mi mano y me preguntó: “Pero, ¿qué hace usted?” “Ya ves, voy a cortar ese versículo; no da el menor resultado...”

¿Sabéis lo que en realidad no iba bien? Había sacado ese versículo 6 de su verdadero contexto: los versículos 3 al 7. Al escribir ese pasaje, el apóstol Pablo no quiso decir: “Muy bien, el Señor ha comenzado una obra; Él la acabará, pues”. Sin embargo, esas palabras reflejan la mente de algunos tras haber ganado a

alguien para Cristo; dicen: “Ahora, le encomiendo al Señor”, y no se cuidan más de aquel bebé espiritual.

Imagina que me encuentre con un padre de familia numerosa y yo le pregunte: “¿Quién cuida de tus hijos?” “¿De mi familia?, no tengo la menor preocupación; se los encomiendo al Señor...” Inmediatamente le contestaría: Hermano, tengo un versículo para tí: “Si alguno no tiene cuidado de los suyos, mayormente de los de su casa... es peor que un incrédulo” (1 Tim. 5:8).

El apóstol Pablo dijo a los ancianos de la Iglesia en Éfeso: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la Iglesia del Señor...” (Hechos 20:28). No puedes obligar a Dios que sea el “obispo”, físicamente hablando, sino que Él te hace a tí el obispo para que cuides de Su rebaño en Su iglesia.

Enfocamos entonces nuestra obra bajo esa nueva perspectiva. Esa búsqueda de los que habían sido convertidos, para ver si seguían en el camino de Cristo y ayudarles en su nueva vida, continuó durante dos o tres años antes que empezara la obra de “Los Navegantes”. Por aquel tiempo, nos ocupábamos de un número más reducido de conversos, pero les dedicábamos más tiempo. Pronto pude decir lo que Pablo escribía a los Filipenses: “Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora.” (Fil. 1:3-5). El apóstol seguía cuidando y ayudando a sus convertidos mediante la oración y la comunión. Luego, sí podía decir que estaba: “persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.” (Fil. 1:6). Y en consonancia con esto, leemos en el versículo 7: “como me es justo sentir esto de todos vosotros, por cuanto os tengo en el corazón...”

Hasta aquel entonces, había descuidado a las personas que Dios había alcanzado por medio de mi testimonio; había olvidado seguirles en sus primeros pasos. Pero, a partir de entonces, empecé a dedicarles tiempo y energías. Es por eso que, más adelante, cuando llevé el primer marinero al Señor, comprendí la utilidad de pasar tres meses enteros con él. E Isaac engendró a Jacob, y Jacob engendró doce hijos y de ellos nació el pueblo de Dios.

LA OBRA DEL SEÑOR LLEVA TIEMPO

Puedes invertir de veinte minutos a dos horas para llevar un alma a las plantas de Cristo; pero lleva de veinte semanas a un par de años el iniciarla en el camino de la madurez espiritual; enseñarle cómo ser victorioso sobre el pecado, y cómo resolver los problemas que irán surgiendo. Debe aprender a tomar decisiones rectas y adecuadas, y también se le debe poner en guardia contra las falsas enseñanzas de las diferentes sectas que intentarán atraerle con sus poderosos y múltiples tentáculos.

Pero cuando consigues ganar a alguien para el Señor, has doblado tu

ministerio; en realidad, has hecho más que doblarlo. ¿Sabes por qué? Cuando enseñas a esa persona, ella se fija en la manera en que lo haces, y te imita.

Si yo fuera la persona encargada de una iglesia, y tuviera ancianos y diáconos para recoger las ofrendas y miembros del coro para entonar himnos, les diría: “Gracias a Dios por toda esa ayuda. Es importante y necesario. Gracias a Dios por todos los trabajos suplementarios que hacen”; pero continuaría haciendo hincapié sobre la gran obra de crecer y multiplicarse espiritualmente. Todas estas cosas son secundarias comparadas con la suprema tarea de ganar a un hombre o a una mujer para Cristo Jesús, y ayudarle después para que siga creciendo en ese maravilloso camino.

¿Dónde está el hombre que has llevado a Cristo? ¿Dónde está la mujer a quien ganaste para Él? ¿Has logrado uno solo? Puedes pedir a Dios que te dé a alguien. Escudriña tu corazón. Pregunta al Señor: “¿Soy yo estéril? espiritualmente hablando; y si lo soy, ¿por qué?”

Tu falta de conocimientos no debe ser un impedimento mayor en tu camino para ganar a los perdidos. Al principio de la obra de “Los Navegantes”, a cualquiera de los marineros que estaban cenando con nosotros en casa les pedía, al final de la cena, que dijeran un versículo bíblico que hubieran aprendido en las últimas 48 horas, o si no, que citaran el primero que les viniera a la memoria. Una noche, mientras recitábamos los versículos alrededor de la mesa, le tocó el turno a mi hija pequeña, de tres años de edad. Estaba sentado a su lado un marinero que había venido por vez primera, al que no se le había ocurrido posible que la chiquilla podía recitar también su versículo. Así que, pasándola por alto, abrió la boca para empezar, cuando ella le lanzó una mirada como diciendo: “¡Yo también soy un ser humano! ¿Sabes?”. Sorprendido, el marinero se calló, y la chiquilla empezó a recitar Juan 3:16 a su manera: “Por que de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo único, para que **todo aquel** que en Él cree, no se pierda mas tenga vida eterna”. Ella enfatizó el “todo aquel” porque cuando le habíamos enseñado aquel versículo, había tenido dificultad en pronunciar esas palabras.

Dos días más tarde, aquel marinero que había estado sentado al lado de mi hijita vino a verme y me dijo: “Fijese como son las cosas; yo iba a recitar aquel mismo versículo, porque era el único que me sabía de memoria. Pero en realidad, no lo conocía; no supe lo que significaba realmente hasta que la pequeña Ruth lo recitó. Cuando dijo “todo aquel”, pensé inmediatamente que esto se refería a mi también. En aquel preciso momento, acepté al Señor. Ese joven es hoy misionero en la América del Sur.

Mis suegros no conocieron al Señor hasta varios años después de estar nosotros casados. También en esta ocasión, Dios se valió de los niños para alcanzar sus corazones sedientos de paz. Cuando Ruth tenía tres años y su hermano Bruce cinco, fueron a visitar a sus abuelitos. Mi suegro quiso que le cantaran unas canciones infantiles como la de “María tenía un corderito” y “La Rueda de

San Miguel”, pero los nietos se limitaron a mirar candorosamente al abuelo y a preguntarle: “Oye, ¿quién es esa Maria con el corderito?” El anciano se figuró que aquellos chicos no eran muy inteligentes. Entonces intervino mi esposa: “Ellos saben unas cuantas cosas. Bruce, recítale al abuelito Romanos 3:23.” Bruce lo hizo sin titubear. Cuando terminó preguntó: “¿Te digo alguno más, abuelo?” “¡Claro que sí!” contestó mi suegro. Bruce empezó a citar unos quince versículos de la Biblia y la pequeña Ruth intercaló alguno que otro. El abuelito estaba encantado. Tomó a los niños por la mano, y les llevó a visitar a algunos vecinos, así como a los tíos que no vivían muy lejos, para mostrarles lo bien que los niños se sabían esas porciones de la Escritura. Mientras tanto, la Palabra de Dios estaba obrando. Mediante las vocecitas infantiles, el Espíritu Santo no tardó en plantar la “semilla incorruptible” en los corazones de los abuelos, donde arraigó y no tardó en crecer. Dice el Salmo 8: “De la boca de los niños y de los que maman fundaste la fortaleza...”

Los que ganan almas no lo hacen por lo que conocen, sino por Aquél a quien conocen y por lo bien que le conocen, y por lo mucho que anhelan que otros le conozcan.

“Sí, pero... tengo miedo de hacerlo”, objetará alguien. Recuerda pues que “El temor del hombre pondrá lazo; mas el que confía en el SEÑOR será exaltado” (Prov. 29:25). Sólo el pecado, la falta de madurez espiritual y la falta de comunión con el Señor podrán impedir que te multipliques espiritualmente. Además, nada puede impedir que uno que ha nacido de nuevo permanezca adherido al Señor, si tiene padres espirituales que cuidan de él y le suministran el alimento espiritual que Dios ha provisto para la nueva criatura.

Las mismas causas producen los mismos efectos. Cuando siembras la semilla de la Palabra de Dios, obtendrás resultados. No todos los corazones recibirán la Palabra, pero algunos sí lo harán y entonces experimentarán un nuevo nacimiento. Cuando un alma nace de nuevo, ocúpate de ella con la misma solicitud que el Apóstol tenía para los nuevos creyentes. Pablo creyó que debía seguir y ayudar a los que acababan de entregarse a Cristo. Era un evangelista sumamente atareado, pero consagraba parte de su tiempo a cuidar de sus discípulos. Gran parte del Nuevo Testamento está compuesto por cartas que el apóstol escribió con este fin.

El apóstol Santiago creía que esa obra era necesaria también: “pero sed hacedores de la Palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Stg. 1:22). El apóstol Pedro veía igualmente su importancia, porque dijo: “desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada para que por ella crezcáis para la salvación” (1 Pedro 2:2). Y el apóstol Juan estaba persuadido de su importancia, según se desprende de sus palabras: “No tengo mayor gozo que éste, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 4). Todos los escritos de los tres primeros apóstoles citados y gran parte de los escritos de Juan son alimento espiritual para nuevos creyentes.

Durante el primer siglo, el Evangelio se propagó con rapidez (a pesar de no

contar con radio, televisión, ni imprenta), debido a que los que habían nacido de nuevo se multiplicaban sucesivamente. Pero hoy abundan los cristianos que se limitan a sentarse en los bancos de la capilla, que piensan que si asisten fielmente a las reuniones, ponen buenas ofrendas en la colecta y logran que la gente de fuera venga a las reuniones, ya han hecho más que suficiente.

¿Dónde está el hombre que has ganado para Cristo? ¿Dónde está la mujer que llevaste a Sus pies? ¿Dónde está el joven que nació de nuevo por tu testimonio? ¿Dónde está la joven que por tí conoció el Evangelio de Gracia? Todos nosotros, sin considerar nuestra edad, deberíamos ocuparnos activamente en aprender porciones de la Biblia de memoria. En una clase de estudio bíblico, una señora de 72 años de edad, juntamente con otra de 78, terminaron el Curso de memorización de Los Navegantes. Ya habían almacenado algo que luego podían distribuir con gozo.

Llena tú corazón con esa preciosa Semilla. Verás como Dios dirigirá tus pasos hacia aquellas almas sedientas a quienes podrás guiar a Cristo. Actualmente, hay muchos corazones preparados para recibir el Evangelio.

PLSAL.ORG